

reducía al título de tal, á sentarse en el escabel de oro sin reclinatorio, á gastar barba y cabellera largas, y mandar en la apariencia. Daba audiencia el monarca y respondía á los embajadores, si bien le era dictada esta respuesta. Señalábale el mayordomo de palacio una renta determinada, además de la cual poseía una pequeña casa de campo, algunas tierras y un número de esclavos apenas suficiente para su servicio. Allí vivía todo el año, para no salir más que en el mes de mayo, como una antigua reliquia que todavía infunde respeto. Subiendo entonces á un carro tirado por bueyes, cuyo paso lento agujaba un aldeano, comparecía á la asamblea de los grandes con el manto azul y blanco, en figura de dalmática, cortado por ambos lados, cayendo hasta los pies por delante y por detrás arrastrando; llevaba en la cabeza un aro de oro, con una doble hilera de piedras preciosas, y en la mano una vara de oro de seis pies de altura, cuya punta estaba enriquecida con pedrerías (12). Recibía el donativo anual y retornaba á su mansión enseguida. Pero todo lo concerniente al Estado, tanto en lo interior como en lo exterior, era negocio del mayordomo de palacio que mandaba en su nombre.

A la muerte de Thierry (691), Pepino confirió la corona á Clodoveo III, enseguida (695) á Childoberto III, hijo de aquél, y después (711) á Dagoberto III, hijo del último. No hubo rey en Ostria. Pepino mostró respeto y condescendencia hacia los leudos neustrios, é hizo que su hijo Grimoaldo se casara con Anstruda, viuda de Bertario. Habiendo convertido el ducado de Ostria en centro del gobierno, cuya sede fué Colonia ó Heristal, cerca de Lieja, colocó en París á Norberto en calidad de mayordomo de palacio, y después á su hijo Grimoaldo, si bien esto no era más que una sombra de independencia, dado que nada se hacía sino en virtud de sus órdenes.

Sin embargo, muchos señores y príncipes tributarios solo habían prestado ayuda á Pepino para reinar con él y no para que descollara sobre ellos. Negaron, pues, á este advenedizo la obediencia que habían prometido á los Merovingios. Alano, duque de los bretones, Eudes, duque de Aquitania y de Gascuña, Ratbod, duque de los frisones, Godofredo y Villicaro, duques de los alemanes, se declararon independientes. En su consecuencia Pepino tuvo que ocuparse, ante todo, en restablecer la tranquilidad en lo interior: les acometió y

dum genus principum, et nihil aliud agere vel disponere quam irrationabiliter edere et bibere, domique morari, et kal. Maii prasidere coram tota gente, et salutare illos et salutari ab illis. Historia miscella.

(12) Así aparece en el ceremonial de la asamblea convocada en Valenciennes el año 693.

venció antes de que hubieran podido aumentar su fuerza obrando de comun acuerdo.

Entonces se aplicó á poner remedio á los desórdenes que se habían introducido en la administración. Cuando había sido reconocido por los leudos duque de Ostria, ya disponía allí á su antojo de los feudos, y recibía homenaje de los vasallos inmediatos de la corona; nombraba á los magistrados, duques, condes y centenarios; era el rey en suma. Ahora extendió esta autoridad sobre la Borgoña y la Neustria, y de esta suerte se encontró árbitro de trescientos ducados: confería ó confiscaba feudos, recibía embajadores, todos se dirigían al poderoso mayordomo con más gusto que á los perezosos Merovingios en los veinte y siete años que gobernó.

Menos observador de la religión que de los usos germánicos, se casó con dos mujeres, Plectruda y Alpaída; tuvo en la primera á Drogon, duque de Champaña, que murió antes que él (708), y á Grimoaldo, mayordomo de la Neustria. Este último estaba designado para suceder á su padre; pero habiendo sido asesinado por el frison Rantgar en la iglesia de San Lamberto, en Lieja (713), Pepino trasladó á Teodaldo, hijo natural de Grimoaldo, de edad de seis años, la autoridad de éste bajo la dirección de Plectruda. Esta corrió, de consiguiente, á la Neustria tan luego como Pepino cerró los ojos (16 diciembre de 714); para ganarse la voluntad de los leudos, ó para obligarles á admitir á aquel mancebo por tutor de Dagoberto III, también niño. Pero alegres éstos, viéndose al fin libres de la administración vigorosa de Pepino, levantan la cabeza, y escitando algún sentimiento de pundonor en Dagoberto, le deciden á empuñar las armas (715). Atacando entonces á los ostrianos en la selva de Compiègne, le hacen experimentar tal derrota, que con mucho trabajo logró refugiarse en Colonia, donde al poco tiempo murió.

Chilperico II.—Muy pronto vuelve á caer Dagoberto en su habitual indolencia, y los magnates neustrios derogan cuanto había sido hecho por Pepino. Raganfrido es elegido por ellos mayordomo: muerto posteriormente el rey, encumbran al trono á aquel hermano Daniel, á quien ya hemos mencionado, supuesto hijo de Childerico II, dándole el nombre de Chilperico II.

Propónase Raganfrido cambiar completamente aquel estado de cosas y avasallar los francos orientales á los de Occidente. En su consecuencia se constituyó mayordomo de las provincias situadas á la orilla izquierda del Mosa y celebró alianza con Ratbod, duque de los frisones. Desagradó á los ostrianos tanto el caer en la dependencia de los occidentales como permanecer bajo el gobierno de una mujer y de un niño, si bien, desunidos y sin guía, ignoraban á qué partido atenerse.

CAPÍTULO XI

CÁRLOS MARTEL Y SUS HIJOS.

Pepino de Heristal había tenido de Alpaída un hijo llamado Carlos (691), á quien había desheredado como cómplice del asesinato de Grimoaldo. Temerosa Plectruda de que, valiente y resuelto como era, desbaratará sus proyectos, le había mandado encerrar en Colonia; pero tan luego como él se informó de las disposiciones hostiles de los ostrianos, logró fugarse, y muy en breve fué proclamado príncipe de los francos orientales por los vasallos de su padre y por los principales señores (715).

Carlos, cuya robusta mano sabía hacer uso de la francisca, acometió á los frisones que se adelantaban sobre Colonia á instigación de Raganfrido, y los puso en derrota; y aunque por ser inferior en número no pudo estorbarles que verificaran su incorporación con los neustrios que asediaban aquella ciudad, los acosó de tal manera, que les obligó á emprender la retirada. Habiendo pasado en seguida las Ardenas con fuerzas de más consideración, venció á los neustrios en las inmediaciones de Vincy (21 de marzo de 717) y avasalló á todo el territorio hasta el Sena. Entonces hizo proclamar rey de Ostria á un supuesto Merovingio con el título de Clotario IV, que murió al cabo de dos años. Una invasión de sajones interrumpió el curso de sus triunfos (718): apenas los ha repelido hasta el Weser, vuelve de nuevo á la carga: le abre Plectruda las puertas de Colonia, y le entrega los tesoros, de que le dejaba por heredero la muerte de Teodaldo. Derrota nuevamente en Soissons á Raganfrido (719), se apodera de París y somete la comarca hasta el Norte del Loira.

San Huberto.—Los aquitanios, que siempre miraron á los francos como extranjeros, habían combatido con Raganfrido en defensa de los Merovingios. Huberto, uno de sus condes, cazador famoso, fué en un principio á establecerse en la

Neustria con Ebroino, y después con Pepino en la Ostria. Pero habiéndosele aparecido cierto día en la selva de las Ardenas un ciervo milagroso, abandonó el siglo por servir á Dios, fundó el obispado de Lieja, y fué invocado como patrono de los cazadores.

Eudes, conde de Aquitania, de Gascuña y de Provenza, que se había hecho independiente después de la batalla de Testry, y acababa de ser derrotado en Soissons, celebra un tratado con Carlos, en cuyas manos entregó á Raganfrido y al rey Chilperico II. Es confinado á Angers el primero: queda reconocido como rey el segundo, y Carlos gobierna en su nombre. Cuando éste termina su existencia, saca de la abadía de Chelles á otro jóven, que dice ser hijo de Dagoberto III (720), y á quien intitula Thierry IV. Muerto también éste (737), creyó superfluos tales fantasmas, y no eligió más rey.

Carlos, á quien sus primeras victorias habían valido el sobrenombre de Martel, lo justificó de un modo completo con las que alcanzó posteriormente, porque pasó casi toda su vida en lides, tanto dentro como fuera, contra los enemigos del reino. Tuvo necesidad de ponerse en marcha cinco veces contra los indomables sajones, obligando finalmente á parte de ellos á pagarle un tributo (738). No tuvieron más arbitrio los bávaros y los alemanes que el de doblegarse á su yugo, y sus duques volvieron á ser vasallos de los francos, cuyo reino recuperó de esta manera sus antiguas fronteras hácia Oriente. Convirtiendo durante este tiempo San Wilibrod á los frisones, les civilizaba algo, y les inclinaba á respetar á los cristianos sus vecinos.

Invasión de los árabes.—En esto se adelantaban nuevos enemigos por las comarcas meridionales. Los árabes, que acababan de someter la España y

habían llegado hasta los Pirineos, lanzaban codiciosas miradas hacia el otro lado de estos montes, sobre ricos países todavía libres de sus depredaciones. En su consecuencia reclamaron la Septimania, parte la más meridional de la Galia, fundándose en que durante algún tiempo había sido provincia de los reyes godos (1) y pasaron los Pirineos (719), y no encontrando oposición, establecieron una colonia en la romano-gótica Narbona y se adelantaron hasta Tolosa. Ya estaban próximos á apoderarse de ella, cuando vieron aparecer á Eudes á la cabeza de sus vasallos de Aquitania. Alentado el valeroso duque, á quien había enviado el papa tres esponjas, cuyo destino era limpiar la mesa de la Eucaristía con este precioso regalo, destruyó completamente á los sarracenos. Ambesa, nuevo gobernador de España, sobre quien pesaba la ignominia de este desastre, envió diferentes cuerpos á sembrar la desolación y el estrago en la Galia. Habiendo llegado personalmente á aquel territorio, saqueó á Carcasona; por capitulación se hizo dueño de Nîmes (726), devastó toda la Provenza, y remontando el Ródano, se adelantó hasta Autun en Borgoña. Este torrente fué contenido en Sens por el obispo Ebbon, hasta que llegó Eudes, el cual derrotó á Ambesa y quizá también le mató.

Las disensiones intestinas de que á la sazón era víctima España, la estorbaron durante largo tiempo de pensar en acometer á la Galia, hasta que Abderraman (Abd-el-Rahman), que había salvado los restos del ejército de El-Samah, fué llamado á la dirección del gobierno (728). Esta elección desagradó á Othman ben-Abu-Neza (Munuzá) quien tenía el mando de las tropas acantonadas entre el Ebro y el Garona, y había ejercido el poder en la Península durante muchos meses. Berberisco de origen, veía ya con disgusto las violencias de que eran blanco en Africa sus compatriotas por parte de los árabes: y deseoso de declararse independiente, solicitó la amistad del conde Eudes. Nada podía sobrevenir más imprevisto ni más apetecible para éste, porque un tratado con Otman le ponía á cubierto de las incursiones de los árabes y le prestaba apoyo contra el mayordomo de palacio de los francos. Selló, pues, la alianza dándole en matrimonio su hija Lampaya. Esto redundó en daño suyo, en atención á que para castigarle de haber violado el convenio de Soissons, le atacó Carlos Martel y recorrió muchas veces la Aquitania devastándola: por otra parte mandó Abderraman castigar al berberisco, quien había ultrajado á la religión y á la política, casándose con una cristiana hija de un enemigo; y bloqueado á Otman en Puigcerdá, solo se pudo librar de caer en sus manos dándose la muerte.

(1) REINAUD.—*Invasiones de los sarracenos en Francia*, París, 1836.

FAURIEL, *Historia de la Galia Meridional*, tomo III, cap. 22 y 26.

Entonces, para restaurar el honor de las armas musulmanas, y aprovechándose de la discordia entre Eudes y Carlos Martel, cruzó Abderraman los Pirineos con un numeroso ejército (732), á que seguían mujeres y niños, porque no se trataba solo de una escursión, sino que el designio era plantar el estandarte del Profeta en aquel nuevo reino, formar allí un centro de acción desde donde los árabes pudieran invadir la Europa por el lado de Occidente, al mismo tiempo que se abrieran paso á Oriente por Constantinopla, ciudad siempre amenazada por sus armas. Entrando, pues, en la Gascuña por el valle del Bidasoa, empezó á talar la Aquitania, cuyo duque fué acusado de estar en connivencia con los invasores. Enseguida se encaminó hacia Burdeos. Habiéndose reunido bajo las banderas del conde Eudes los aquitanios, que habían defendido vanamente de posición en posición su patria, presentaron batalla á Abderraman junto al Garona, donde fueron completamente destruidos, por lo cual tuvo que refugiarse el duque cerca de Carlos.

Entonces los musulmanes á quienes ya no detenía ningún tropiezo, continuaron adelante devastando, matando y especialmente insultando todas las cosas religiosas, como conventos, iglesias, monjas, la iglesia de San Hilario en Poitiers, y se dirigieron sobre Tours, para robar allí los tesoros que la devoción había tributado al taumaturgo de las Galias.

Batalla de Poitiers.—El espanto esparcido por los rápidos triunfos de aquellas bandas devastadoras, vomitadas por el Asia y por el Africa para estinguir la civilización y la fe, hacía aun más perentorio el peligro que amenazaba no solo á Francia, sino á toda Europa. Carlos acudió á prevenirlo y alentando con su denuedo á sus valientes ostrianos reunidos bajo su bandera, los condujo junto al Loira para salvar el santuario de toda la Francia. Encontráronse ambos ejércitos en las llanuras que se estienden entre Poitiers y Tours (octubre), y durante siete días hubo entre ellos varios choques parciales: por último Abderraman ordenó la batalla general. Empezó con el alba. «Los francos, dice Isidoro de Beja, estaban alineados como sólidos muros, como un baluarte de hielo contra el cual se estrellaban sin conseguir moverla los árabes, armados á la ligera. Se adelantaban y se retiraban velozmente: entre tanto eran segadas sus vidas por la espada de los germanos, bajo cuyos golpes cayó el mismo Abderraman. Sobrevino la noche y los francos levantaron las armas, como para pedir descanso á sus jefes, queriendo reservarse para la lid del día siguiente, porque veían á lo lejos cubierto el campo con las tiendas de los sarracenos, pero cuando al asomar el alba, se formaron en batalla, se apercibieron de que las tiendas estaban vacías, y de que, asustados los sarracenos de la gran pérdida que habían experimentado, habían emprendido la retirada durante la noche, y se encontraban ya á gran distancia.» La imagina-

ción exageró los sangrientos resultados de una jornada que salvaba á toda Europa: se calculó en trescientos setenta y cinco mil el número de árabes caídos en el campo de batalla: y se elevó á milagro los portentos del martillo de Carlos y sus valientes hazañas, que la tradición atribuyó posteriormente á Carlomagno y á sus paladines. Es lo cierto que los cristianos no se creyeron en disposición de molestar á los árabes en la retirada, y que éstos renunciaron al pensamiento de avasallar á la Galia, aunque no á pisar su territorio de vez en cuando para ejercer sus rapiñas (2).

La victoria de Carlos Martel le aseguró la posesión de la Galia Meridional, pues muy en breve le tributó Eudes homenaje respecto de la Aquitania y de la Gascuña. Habiéndose sublevado la primera inmediatamente después de la muerte de este duque (735), Carlos le arrebató su independencia, y quedó en calidad de prisionero Atton, uno de los dos hijos de Eudes. Hualdo recibió este ducado del mayordomo de palacio, jurándole fidelidad.

Carlos dirigió sus armas contra los frisones, cuyo duque Poppon, había renunciado al cristianismo y á la obediencia. Le venció y le mató en una sangrienta batalla, luego hizo una justicia terrible con los templos y con los ídolos paganos. También fué sometida la Borgoña y se establecieron condes francos en Lion y en el resto del país para gobernarlo; pero no pudiendo resignarse al yugo los magnates borgoñones, se sublevaron á las órdenes de Mauronte (737), quien, entendiéndose con Yusuf, gobernador árabe de Narbona, le entregó las importantes plazas de Arlés y de Aviñón. Así por traición de los francos, volvieron á mostrarse amenazadores los árabes para las Galias, y hasta se atrevieron á poner á Lion asedio. Carlos, que hacía en este momento la guerra á los sajones, voló á la defensa del país en unión de su hermano Childerando, y después de haber recuperado á Aviñón, se adelantó sobre Narbona, sede de la dominación árabe en la Septimania. Atima, que era el gobernador de ella, le opuso una denodada resistencia, y Oeba, emir de España, envió á los suyos con un refuerzo considerable bajo las órdenes de Omar-ebn-Kaled, quien desembarcó en la costa; pero Carlos le atacó á orillas del Berre en el valle de Corbiere; derrotó totalmente á los árabes, y el mismo Omar perdió la vida.

Sin desanimarse á consecuencia de este revés los sarracenos, renovaron poco después sus ataques

(2) Veinte y dos años más tarde cantó Isidoro de Beja la victoria de Poitiers, y ya se encuentran en sus versos las rimas, ó más bien asonancias, que eran comunes en la poesía de la Edad Media, y han quedado en la versificación española:

*Abdirraman multitudine repletam
Sui exercitus prospiciens terram,
Montana Vaccorum disceans
Et fretosa et plana percalcans
Trans francorum intus experdidat, etc.*

contra la Provenza (739), favorecidos nuevamente por Mauronte, quien les entregó Marsella y las ciudades de las orillas del Ródano. En virtud de esto, Carlos volvió á la carga, de concierto con Liutprando, rey de los longobardos, quien se veía amenazado por las costas de la Liguria. El efecto reunido de las dos naciones produjo la expulsión de los mahometanos de Marsella y de Arlés, y los estrechó en la Septimania: además, á fin de que no pudieran establecerse más allá del Aude, desmantelaron á Agda, Beziers y Nîmes, y talaron el país de que permanecían poseedores. Algunos años después hizo Oeba nuevos aprestos para una expedición contra las Galias (740); pero un alzamiento de berberiscos le obligó á distraer sus fuerzas hacia otro punto, y las discordias de los musulmanes suspendieron las incursiones.

Carlos Martel fué saludado como salvador de la Europa y del cristianismo. Liutprando, longobardo, celebró con él un tratado de alianza (741), el papa Gregorio III le envió presentes y le confirió el título de patricio romano. Pero para subvenir á los gastos de tantas guerras y para recompensar á los compañeros de sus victorias, tuvo que recurrir á violencias soldadescas: con especialidad despojó de sus bienes á las iglesias y monasterios para gratificar á sus oficiales. Cuenta la crónica de Auxerre que no dejó al obispo de esta ciudad más que cien mansas escasas (mil docientas fanegas), y dió lo restante en feudo á seis valientes bávaros, lo cual demuestra cuán ricamente dotadas se hallaban las iglesias. Ya Ebroino no había temido dar propiedades eclesiásticas en enfiteusis á seglares, y á menudo los concilios elevaron quejas contra usurpaciones de esta misma clase que se permitían los Merovingios. Siendo concedidos estos dominios á ruego de algún seglar, recibieron el nombre de precarios; y los que eran investidos con ellos, se consideraban como los abogados ó defensores temporales de los monasterios ó de las iglesias desposeídas. Carlos Martel hizo que estos beneficiados prestasen el juramento de fidelidad á él y no al rey. Entonces introdujo la ceremonia del homenaje feudal; hasta tal punto se consideraba como verdadero soberano de los francos, aunque nunca tomó el título ni las insignias de monarca.

Acostumbrado á la autoridad absoluta de los campamentos, la ejerció también en tiempo de paz, dando y quitando á su antojo los obispados y abadías. Quitó la sede de Reims á Rigoberto, que le había tenido como padrino en las sagradas fuentes, para colocar en su puesto á Milon, simple clérigo tonsurado, que le había seguido á la guerra. Así corrompió enteramente la disciplina eclesiástica y contribuyó mucho al empeoramiento de las costumbres; por eso los escritores eclesiásticos le califican de tirano, y hasta cuentan que, habiendo sido arrebatado en éxtasis Euquerio, obispo de Orleans, vió á Carlos en lo más profundo del infierno, y oyó á un ángel que decía que los santos, que sostendrán la balanza en el juicio final, le

habían condenado a penas eternas por haber invadido sus bienes. Para apoyar su relato añadía Eucherio, que no se hallarían las cenizas de Carlos; y con efecto, cuando se abrió el sepulcro, estaba vacío y quemado y salió de él una serpiente.

La necesidad en que se hallaba de sostener ejércitos numerosos (y sorprende que pudiera conseguirlo sin reclutarlos entre los germanos), su educación esencialmente guerrera, la ambición que le empujaba a encumbrarse para rebajar a los duques y la urgencia de repeler a los extranjeros, pueden hacer a la historia más indulgente respecto de su persona que lo han sido los cronistas. Por otra parte, el celo que consagró a sostener a San Willibrod y a San Bonifacio en sus esfuerzos para convertir a los frisones, a los turingios y a los sajones, el valor que le hizo convertir con la espada, como decía el papa Gregorio, a más de cien mil infieles, deben ser admitidos a título de compensación por los historiadores.

Muerte de Carlos Martel.—Carlos sobrevivió solamente dos años a sus triunfos, después de haber desbaratado una conspiración urdida por Sonequilda, su esposa, que quería restablecer la autoridad de los Merovingios, tentativa que fue realmente la postrera. De acuerdo con los magnates del reino, dividió el territorio franco entre sus dos hijos Carloman y Pepino, exceptuando algunos dominios que donó a su hijo menor, llamado Grifon, y murió en Kiersey, junto al Oise (21 de octubre de 741) (3).

De tal modo fueron en ese reparto olvidados los cabelludos Merovingios que no se hizo mención de ellos; pero habiéndose suscitado divisiones entre los dos hijos de Carlos, se entendieron para conferir por su autoridad propia y sin consultar a los obispos ni a los magnates, el título de rey a un niño imbecil, pretendido vástago de Chiperico II, y a quien titularon Chilperico III (742). Pepino y Carloman gobernaron en su nombre, como *prefectos por la gracia de Dios*, o más bien reinaron, según lo decían ellos mismos. En la repartición del territorio tocó al primero la Neustria, la Provenza y la Borgoña; al segundo la Ostría, la Suabia y la Turingia. Descontento Grifon de verse excluido, fomentó las disposiciones hostiles de los leudos y del clero, deseosos de libertarse de la opresión en que les había tenido el robusto brazo de Carlos. También sublevó en su favor a los sajones, a los bávaros y a los alemanes; pero sus hermanos se apoderaron de él en la ciudad de Laon y le metieron en el fondo de un calabozo: encerraron a su madre Soniquilda

(3) Dejó además tres hijos naturales: Remigio, que fue posteriormente obispo de Ruan; Gerónimo, padre de Fuldrada, fundadora de la abadía de San Quintín; Bernardo, que habiendo quedado viudo, tomó el hábito monástico en Corbia. Chiltrudis, su hija legítima, se casó con Odilon, duque de Baviera: sus dos hijas naturales, Gontruda y Teodrada, tomaron el velo.

en la abadía de Chelles y sujetaron a los rebeldes (744). Odilon, duque de Baviera, cuñado de los dos mayordomos, fue vencido y rechazado más allá del Inn. Solo obtuvo la paz prometiendo obediencia. Hunaldo, duque de Aquitania, que penetrando en la Neustria, se había adelantado hasta Chartres, reconoció la imposibilidad de restaurar una dinastía de que hasta entonces había sido apoyo, y se metió monje en la isla de Re (745). Su hijo Waifro, se vio reducido a tributar homenaje. Quedaron privados los borgoñones de sus patricios y en la obligación de someterse a condes ordinarios (745).

Sintiéndose Carloman fatigado de la vida tumultuosa y renunciando su autoridad en favor de Pepino, se encaminó a Roma con una magnífica comitiva; ofreció costosos regalos al papa, tanto en su nombre como en el de su hermano, hizo que le cortaran los cabellos, y se encerró en un convento que fundó en la cumbre del monte Sorate (747). Enojado en seguida de las visitas de una multitud de francos, que iban todos los años en peregrinación a Roma, se retiró al monasterio del monte Casino. Había dejado en el mundo dos hijos, Drogon y Pepino, recomendándoselos a su tío; pero este, a fin de figurar como soberano absoluto de la Neustria y de la Ostría, les obligó a que se vistieran el hábito monástico.

De esta suerte eran los monasterios refugio de los grandes caídos o de los corazones ulcerados, y al propio tiempo albergue del poco saber que había sobrevivido a tantos trastornos, centro de la actividad intelectual, y foco desde donde la civilización se derramaba por Europa. Con efecto, se fortificaban los espíritus en el seno de aquella soledad piadosa, y se adquiría la costumbre de la abnegación de la voluntad del individuo, de la obediencia absoluta y del sacrificio de sí propio. A la menor señal del pontífice o de su abad, tomaban el báculo y se dirigían, a través de montes y de mares, a naciones bárbaras y enemigas, con el fin de reclutar nuevos siervos de Cristo, de hacer nuevos prosélitos en la defensa de la verdad, dándose por galardonados con haber conseguido la salvación de una sola alma aun a costa de perder la vida. Los monasterios fundados en Inglaterra se propusieron especialmente por tarea la conversión de los germanos, y el anglo-sajón Wilfrido, conocido con el nombre de San Bonifacio, apóstol de la Germania, merece más que un conquistador la atención de la historia (4).

Este atrajo al cristianismo en el transcurso de trece años de continuas fatigas a los pueblos del Hesse y de la Turingia; de manera que iban a difundir el cristianismo en la Germania aquellos sajones insulares cuyos compatriotas del continente debían rechazarlo con tanta obstinación y que en tiempos posteriores habían de darle tan terrible golpe.

(4) Véase el libro anterior, cap. XVI.

Las indomables tribus germanas sinpatizaban y estaban en inteligencia con los francos y con Roma, cuyo nombre veneraban profundamente: hordas errantes fijaban su residencia en rededor de la iglesia y del cementerio: adquirían animación y vida las ciudades de Maguncia y de Colonia, y la derramaban entorno de ellas. La escuela de Fulda, que San Bonifacio fundó en unión del bávaro Sturm, en la parte más solitaria del valle de Faggis, entre el Hesse y la Turingia, instruyó a la juventud, que de retornó en su país, y después de investida con el ministerio de la palabra, divulgaba ideas de bondad moral e instituciones civiles.

Carlos Martel secundó la obra de Bonifacio; pues la política de los reyes francos exigía que favoreciesen a los misioneros, porque estos convertían a los inquietos vecinos de las Galias en pueblos humanos; además de que este acuerdo con Roma es el carácter de la monarquía francesa desde su origen, y la renovación del imperio debía resultar de la asociación de la Iglesia con la prefectura de las Galias. A este resultado condujeron por una parte los acontecimientos que acabamos de referir pertenecientes a la Francia, y por la otra los que pasamos ahora a observar en la Iglesia.